

Recordar, compartir, aprender

Elche

Encarna Rodríguez Sierra, 68

Priscila Barrea Verdaguer, 20

AMOR ETERNO

Todo da comienzo en el año 1968, cuando Encarna, ilumina sus ojos ante la presencia del que iba a ser el hombre de su vida, Emiliano. Ambos corazones, se llenaron de gozo y alegría, era el comienzo de una gran vida juntos. Habían pasado ya treinta y dos años desde que el amor les atrapara, en ese sueño idílico del que no querían despertar jamás, y del cual nacieron sus tres hijos, que les recordaba la hermosura de su amor. Encarna ilumina sus ojos cuando habla de su marido, el tiempo se detiene, y una llama de fuego inunda toda su alma, es en ese momento cuando ella me relata de esta manera, la historia que ha continuación les vamos a revelar.

“Mi marido y yo siempre íbamos juntos a todas partes, no podíamos estar el uno sin el otro, ¡parecíamos adolescentes!, y uno de esos días, en los que bajábamos como cada día a comprar, al subir las escaleras de nuestra casa, Emilio sintió como si algo se le hubiera roto en aquel momento, percibió un fuerte dolor en la pierna que le impedía mantenerse erguido, y poco a poco se fue desplomando hacia el suelo, mientras yo, arduamente pude sujetarle la cabeza para que al menos no la tuviera apoyada en aquel frío suelo. Mientras venía la ambulancia, yo le miraba y le calmaba, aunque reconozco que estaba casi yo más nerviosa que él, pero a pesar de todo, sus ojos me transferían tranquilidad.

Una vez en el hospital, nos dijeron que se había roto la cadera, y que debía quedarse ingresado para su posterior operación. Todos nos quedamos aliviados, ya que el susto, había sido más, que lo que realmente le sucedía. Yo estaba a su lado, día y noche, ya que para mí él era lo único que me importaba en esos instantes, yo le aseaba, le mimaba, le quería y le daba todo el cariño, que durante todos estos años ha sido tan íntimo y recíproco, que llegué a pensar que nos habíamos convertido en una sola persona, una sola alma, un solo espíritu.

El quería que yo me fuera a casa a descansar, y se inquietaba por mí, de la misma manera que yo por él, pero no tenía fuerzas para irme del hospital, solamente deseaba estar a su lado. Por fin llegó el día de la operación, todos estábamos tranquilos, ya que teníamos cierta amistad con el médico, y nos aseguró que la operación era sencilla y que en poco menos de dos horas, veríamos a Emilio de nuevo, con toda la fuerza que a él le caracterizaba. Todo consistía en extraerle el cuerpo óseo que estaba dañado e introducirle el nuevo, para que pudiera volver a caminar sin ninguna dificultad. Eran ya las doce menos cuarto del mediodía cuando mi marido entraba en quirófano. Yo andaba tranquila por el hospital, acompañada de mi querida hija M^a Caridad, íbamos a comer algo, para reponer fuerzas, después llamé a mi hijo para ver si podía venir, y me confirmó que en cuanto finalizara la operación vendría.

Nos encontrábamos sobre la una y cuarto del mediodía, cuando le pregunté a una enfermera, cómo iba transcurriendo la operación, y ella muy sonriente me confirmó que todo iba estupendamente, ya quedaba poco para poder volver a ver a mi marido, abrazarle, besarle y ver de nuevo el dulce resplandor de su mirada. No habían transcurrido ni treinta minutos, cuando por fin escucho la voz del médico, preguntando por los familiares de Emiliano Rubio, y pidiendo que por favor pasaran al quirófano, que debían hablar con ellos. Mientras nos adentrábamos, un gélido escalofrío empezó a cubrirme el alma, sentí como los latidos de mi corazón empezaron a resurgirme de las entrañas, para dejarme sin aliento, ante la mirada del doctor. Me pidió que tomara asiento, y accedí a ello. Su mirada y la mía se cruzaban en un desierto de incertidumbre, del que yo quería salir lo antes posible. Con palabras fluctuantes me dijo que Emiliano se había ido, entonces yo, le pedí por favor que no me gastara ninguna broma, ya que mi marido no podía andar solo, y en ese momento me clavó su mirada tal que un puñal, para terminar de decirme que Emiliano, mi marido, había fallecido.

Mi hija rompió en llanto y dolor y su agonía podía oírse en lo más profundo de mi alma. En cambio, mi persona, no estaba viviendo esa situación, no me lo podía creer, mi corazón no quería asimilar aquellas palabras que estaban arrebatando mi vida, no había explicación alguna, no era posible, no era verdad. Cuando pude preguntarle con un tenue hilo de voz qué había ocurrido, me contestó, que realmente no lo sabía, pero que era posible que, al sacarle el hueso, empezara a perder mucha sangre y que la que le iban suministrando para contrarrestar la pérdida, no la aceptaba.

Recordar, compartir, aprender

Con ese inverosímil testimonio, el doctor quiso justificar la muerte de mi marido, pero ahí no termina la historia, sino que aún, entre el anestesista y el médico no se ponían de acuerdo, en lo que supuestamente, habían vivido los dos allí dentro y sus palabras estaban colmadas de incongruencias, que una tras otra, me iban quitando las pocas fuerzas que me quedaban para mantenerme en ese lugar, escuchando a los que teóricamente, iban a sacar a mi marido como nuevo, de ese quirófano.

Han pasado ya, unos pocos años, apenas cuatro, desde que he enterrado mi alma y mi vida, con el que para mí, era mi aliento, mi alegría, mi compañero y único amor. Ahora sólo guardo una vieja foto en mi mesita de noche, donde cada día colmo de besos su imagen, porque aún le siento presente en mi dormitorio, donde su calor etéreo me resguarda de todas las frías y arduas noches, que paso desde que no está a mi lado". Solamente él, puede saber qué sucedió, quizás fuera su hora, o quizás no.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida, es algo que puede venir, con la misma facilidad con la que se puede marchar. Encarna, aprovechó la vida amando a su marido, encontró el amor eterno, y lo supo cuidar y mimar como una delicada flor que en cualquier momento puede marchitar. Para ella, en estos momentos, la vida simplemente pasa, sin ninguna ilusión en su corazón, y con un gran vacío que difícilmente puede llenar.

Sólo ella sabe cómo en un suspiro, te pueden arrebatar a alguien de tu lado, sin ni siquiera imaginarlo. Por eso quiere transmitirnos con su historia, que la vida, y sobretodo el amor puro y verdadero hay que cuidarlos cada día como si fuera el último, con toda la ilusión y la pasión de nuestra alma, amar a nuestros seres queridos con todo el corazón, transmitiéndoles cada día la ternura y el cariño que sentimos por ellos, ya que, por desgracia nunca llegamos a saber la falta que nos hacen, hasta que no los perdemos.

Cada minuto, cada palabra o gesto, pueden ser los últimos que veamos de algún ser querido, por eso la vida tiene que ser aprovechada al máximo, sin perder ni un segundo de ella. Encarna, después de sesenta y ocho años, creyó saberlo todo de la vida, pero se dio cuenta de que no era cierto, de que siempre puedes aprender algo nuevo, y sobre todo, transmitirles a todos aquellos que hayan perdido a un ser querido y no precisamente por voluntad de la vida, sino a causa de terceras personas, que el odio y el rencor no ayudan a que te devuelvan a esa persona tan preciada, sino que empeoran aún más tu dolor y sufrimiento.

Perdonar, es difícil, pero no imposible, hay que hacerlo por ellos que desde el cielo desean que vivamos con el corazón en paz.